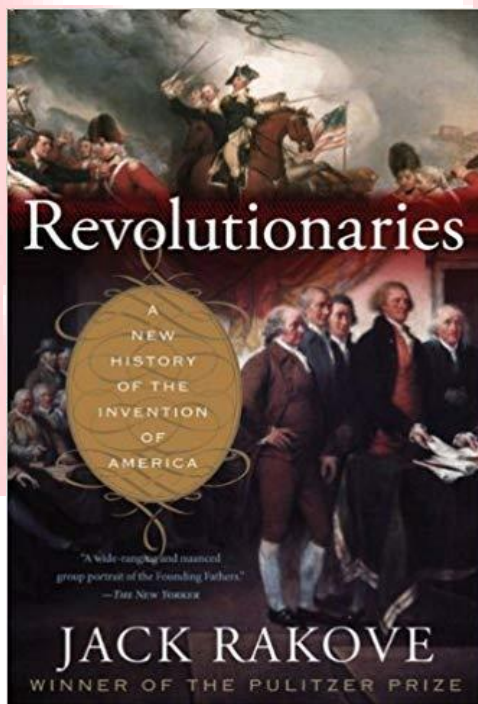


Reseñas y Ensayos Bibliográficos

11. Andrés Sebastián Diz *

La era fundacional de la república estadounidense

Ensayo bibliográfico sobre el libro de Jack Rakove (2010). *Revolutionaries. A new history of the invention of America*. Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 487 p.



Jack Rakove es profesor de Historia y de Ciencia Política en la Universidad de Stanford. Es considerado como uno de los historiadores más distinguidos dedicados al estudio de la república estadounidense en sus comienzos. Entre sus obras se encuentra *Original Meanings: Politics and Ideas in the Making of the Constitution*, con la cual ganó el Premio Pulitzer en el año 1997. Otros libros de su autoría son *Declaring Rights: A Brief History with Documents* y *The Annotated U.S. Constitution and Declaration of Independence*, publicados en 1998 y 2009 respectivamente.

Teniendo en cuenta su libro *Revolutionaries. A new history of the invention of America*, podría enmarcarse a Rakove en la corriente historiográfica tradicional de carácter liberal. Allí, el autor afirma la necesidad de reconocer que, en 1776 (año en que estalla la revolución de independencia), coexistieron dos generaciones de revolucionarios: una vieja cohorte que llevó a las colonias a la independencia (por caso, John Adams, George Washington y George Mason) y los hombres jóvenes de la Revolución, quienes posteriormente tendrían un papel clave en el armado de la futura Constitución de 1787 (por ejemplo, John Jay, James Madison y Alexander Hamilton). Todos ellos tenían en común, según Rakove, el hecho de ser provincianos antes de volverse revolucionarios, ser revolucionarios antes de volverse nacionalistas norteamericanos, y ser

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-Mail: sebadtb@hotmail.com

nacionalistas sin dejar de lado sus raíces provinciales. Dado que uno de los objetivos del libro de Rakove consiste en indagar la era fundacional de la república estadounidense, el análisis de aquellos rasgos y experiencias que influyeron en los líderes revolucionarios se constituye en un elemento clave en toda su obra. Por otro lado, en contraposición a la idea de que existe un destino histórico que rodea a la Revolución, Rakove va a argumentar que los hombres quienes ocuparon roles de liderazgo durante la lucha contra Gran Bretaña no estaban dispuestos a fomentar la rebelión o a fundar una república. Según él, esos hombres estaban preocupados por sus asuntos privados y esperaban que los problemas con el imperio británico se resolvieran pacíficamente. El argumento que va a defender Rakove consiste, entonces, en la idea de que la revolución creó a sus líderes tanto como ellos crearon la revolución. Por último, y en conexión con lo dicho anteriormente, el autor se va a enfocar en el análisis de actores que en su mayoría pertenecen a las elites de las colonias norteamericanas, y no tomará tanto en consideración a las clases populares.

En el plano cronológico, el libro comienza su relato en el año 1756 y concluye en 1792. Debido a los objetivos que persigue el autor, el período que va desde 1773 a 1787 es analizado con mayor profundidad. Por otro lado, la obra está dividida en tres partes: *The Crisis*, *Challenges* y *Legacies*, las cuales constan de tres capítulos cada una.

La primera parte del libro se centra en la crisis que se produce entre el imperio

británico y sus colonias del norte de América. Ya en el prólogo se menciona la *Stamp Act* de 1765, un impuesto directo que pasarían a pagar las trece colonias británicas en América, sin previa consulta a las respectivas autoridades coloniales. Posteriormente, en 1773, el parlamento británico aprobó la *Tea Act*, que permitía a la Compañía Británica de las Indias Orientales vender su té en las trece colonias sin pagar impuestos. Con este marco de fondo, Rakove explica en su capítulo inicial, “*Advocates for the Cause*”, qué implicancias tuvo el motín del té en Boston, Massachusetts (en particular, el reclamo de que los intereses de las colonias no se encontraban representados en el parlamento británico). Como respuesta al motín del té, el gobierno británico, encabezado por el rey Jorge III, lanzó una serie de leyes conocidas como *Coercive Acts*. Dichas leyes implicaban desde el cierre temporal del puerto de Boston hasta el nombramiento de los miembros del consejo local por parte del rey. Según Rakove, las *Coercive Acts* transformaron las controversias políticas de la década previa en una crisis revolucionaria debido a tres razones. En primer lugar, porque implicó un castigo colectivo en toda la ciudad de Boston, y no sólo sobre aquellos que habían participado del motín del té. En segundo lugar, dado que alteraban los estatutos de la colonia y negaban el derecho de sus jurados a proteger a sus ciudadanos perjudicados, amenazaban al principio fundamental de que tanto las legislaturas como los jurados existían para prevenir el ejercicio arbitrario del poder ejecutivo. Por último, al determinar el castigo de los habitantes de Massachusetts mediante actos legislativos,

el gobierno británico reafirmaba de manera definitiva el alcance de su soberanía parlamentaria. En otras palabras, si el parlamento inglés podía intervenir mediante leyes en Massachusetts, no había ningún obstáculo que le impidiera hacer lo mismo en el resto de las colonias. Frente a esta situación, el 5 de septiembre de 1774 se llevó a cabo el Primer Congreso Continental, en el cual se juntaron delegados de todas las colonias (excepto Georgia). Dicho congreso surgió como medida de apoyo a Massachusetts y para proteger la soberanía de las colonias. Su primer acto consistió en establecer un boicot a los bienes británicos, que entraría en vigencia a partir de diciembre de 1774. Lo que deja en claro Rakove en este capítulo, entonces, es cómo las colonias comenzaron a considerar a las acciones del parlamento británico como arbitrarias, atentando así contra su soberanía y sus gobiernos locales. En ese sentido, la explicación del autor se mantiene en la línea de la historiografía liberal más tradicional y, por lo tanto, no está proponiendo ideas nuevas al respecto.

En el segundo capítulo, “The Revolt of the Moderates”, se expone la dificultad que han tenido los historiadores para explicar el compromiso de los moderados durante el conflicto entre las colonias y Gran Bretaña. Generalmente, ellos son retratados como hombres de negocios, comerciantes y terratenientes antes que criaturas de la política y de la ideología. En contraposición a esa idea, Rakove va a postular que la moderación es una posición política en sí misma. Los moderados, según el autor, eran hombres que tenían tierras, negocios y

empresas regionales, los cuales temían a la destrucción de vidas y de propiedades que podía provocar una guerra. Si bien compartían con los radicales la férrea defensa de la propiedad (un derecho vital que, según todos ellos, el parlamento británico estaba infringiendo), desde su mirada de comerciantes-empresarios creían que la armonía entre las colonias y Gran Bretaña era esencial para continuar desarrollando su propia economía. No obstante, la crisis desatada en 1774 terminó por quebrar las relaciones entre ambas partes. Por otro lado, los moderados también eran conscientes de los beneficios que podrían obtener si escapaban de las restricciones del sistema de navegación imperial. Esa actitud ambivalente es clave para entender sus acciones. Rakove concluye que la guerra no era el riesgo que los moderados preferían, pero dado que la terminaron aceptando, se volvieron revolucionarios de pleno derecho. Lo que se destaca en este capítulo, entonces, es la manera en que van cambiando las estrategias políticas de los moderados según cómo se ven afectados sus intereses.

“The Character of a General” es un capítulo centrado en George Washington. Él había sido nombrado como comandante de las fuerzas de las colonias por el Segundo Congreso Continental en 1775, poco después de que estallara la guerra por la independencia entre aquellas y el imperio británico. Washington era admirado por los moderados y, dada su posición como plantador esclavista, él podría ser considerado parte de ese grupo. Sin embargo, cuando el parlamento británico decretó el castigo de Massachusetts en

1774, él adoptó una voz militante en defensa de esa colonia y apoyó el llamado a un congreso general (el futuro Primer Congreso Continental). Además, Rakove afirma que Washington, al contrario que sus admiradores moderados, no toleraba ningún tipo de reconciliación con Gran Bretaña, una vez que se desató el conflicto. Otro elemento interesante planteado por el autor reside en el hecho de que, durante el período en que Washington inició su mandato en 1775 hasta su conclusión ocho años después, él concibió al ejército como una institución nacional y como un proyecto que fomentaba la nacionalización. Para Washington, su primera misión consistía en disolver el ejército provincial que él había heredado y crear una verdadera fuerza nacional a través de un nuevo reclutamiento y un entrenamiento intensivo. Esto lo pudo lograr formalmente el 1 de enero de 1776, cuando los viejos regimientos fueron disueltos. Finalmente, las tareas más arduas a las que Washington tuvo que hacer frente a lo largo de su mandato fueron las de enlistar, entrenar y mantener una fuerza de combate efectiva.

La segunda parte del libro repasa los desafíos a los que tuvieron que hacer frente los revolucionarios mientras sobrellevaban el conflicto con Gran Bretaña (por caso, la elaboración de nuevas constituciones y las misiones diplomáticas). Así, el cuarto capítulo, "The First Constitution Makers", repasa las características de las primeras constituciones que fueron surgiendo a lo largo de los nuevos estados surgidos de la Revolución. En particular, Rakove hace un exhaustivo análisis de la figura de George Mason y su aporte a la constitución de

Virginia. La gran innovación que se presenta en los escritos de Mason consiste, según Rakove, en definir a la constitución como un único documento oficial, escrito en un determinado momento histórico, bajo reglas que lo hacían legalmente superior a todas aquellas leyes que un gobierno podría adoptar. En la visión de Mason, había que dejar de apelar a la tradición o al mito de una antigua constitución perdida en el tiempo, dando lugar así a la creación de nuevas constituciones, las cuales podían ser alteradas o abolidas. Así, los arquitectos de la Constitución federal de 1787 tuvieron como base esa experiencia de los tempranos documentos escritos a partir de la independencia, los cuales podían ser mejorados y corregidos. Un dato clave es el hecho de que, en la práctica, el trabajo de escribir constituciones generalmente recaía en comités selectos y en un puñado de personas muy respetadas (por ejemplo, George Mason en Virginia y John Adams en Massachusetts). Finalmente, las constituciones surgidas a partir de 1776 tenían como rasgos generales la restricción del poder ejecutivo (debido a los sentimientos antimonárquicos propios del período y del proceso que se estaba viviendo) y la supremacía parlamentaria (el alcance del poder de la legislatura en sus inicios era inmenso, al punto de que se consideraba que toda forma de actividad humana estaría sujeta a la regulación legislativa).

Otros desafíos a los que se tuvo que hacer frente fueron la cuestión de la esclavitud y la diplomacia. Respecto a la primera, Rakove menciona el proyecto de Jack Laurens, el cual consistía en otorgar la

libertad y convertir en ciudadanos a aquellos esclavos que sirvieran a la causa independentista. Laurens pensaba que al dejar que los esclavos se volvieran soldados, se podría poner a prueba su capacidad para ejercer la ciudadanía. Para Rakove, esto constituye una verdadera posición visionaria. No obstante, el proyecto de Laurens no pudo ser llevado a cabo, entre otras razones, por falta de apoyo. En la legislatura de Virginia, por ejemplo, en vez de liberar esclavos a cambio de su servicio, se proponía convertir a los soldados blancos de los sectores más bajos de la población libre en poseedores de esclavos. Finalmente, fue la teoría de la diferencia racial de Jefferson, más que la noción de Jack Laurens de una potencial igualdad cívica, la que tuvo una mayor influencia en los estados norteamericanos en lo que respecta a la cuestión de la esclavitud. En relación a la diplomacia, había una contradicción entre la idea de que la política exterior de una república debería sostenerse en las decisiones colectivas de los representantes de los ciudadanos, y la existencia de situaciones concretas en las que los intereses nacionales estaban sujetos a las decisiones de un puñado de actores bien posicionados. Dichos actores serían Benjamin Franklin, John Jay y John Adams, quienes negociarían el tratado de paz con Gran Bretaña (durante los años 1782 y 1783) y, por ende, finalizarían la guerra de Independencia. Según Rakove, el Congreso podía instruir a sus diplomáticos, pero no supervisarlos. Así, Franklin, Jay y Adams, estando en Europa, tuvieron un margen de independencia al momento de negociar la paz. Una diferencia interesante que señala el autor tiene que ver con la actitud de estos

tres diplomáticos respecto a Francia, el gran aliado con el que habían contado los estados norteamericanos en su lucha contra Gran Bretaña. En primer lugar, Franklin tenía una visión muy positiva de Francia. Según él, ésta había mostrado una generosa benevolencia hacia las ex colonias, las cuales en consecuencia le debían gratitud. Adams, por el contrario, sospechaba de los franceses y creía que éstos les debían mucho a los norteamericanos (por caso, la guerra de Independencia provocaría un cambio en el equilibrio de poder europeo, favoreciendo a Francia y perjudicando al imperio británico). Finalmente, el punto de vista de Jay consistía en que todos los europeos eran igualmente sospechosos y, por lo tanto, los norteamericanos debían simplemente buscar el mejor trato que pudieran obtener de aquellos.

La tercera y última parte del libro trata sobre los legados que dejó el proceso independentista. Los tres capítulos finales se centran respectivamente en Thomas Jefferson, James Madison y Alexander Hamilton. Así, el séptimo capítulo, "The Optimist Abroad", trata sobre cómo Jefferson abordó la cuestión de la esclavitud en sus *Notas sobre el Estado de Virginia*. Allí, existen dos pasajes muy relevantes: "Query XIV", el cual establece un esquema para la emancipación de los esclavos, y "Query XVIII", donde advierte sobre la ira que un Dios justo podría infligir a los virginianos por atar los males de la esclavitud a sus siervos y a sí mismos. Muchos lectores modernos, según el autor, ven una moral completamente diferente en esos pasajes. La comparación física, mental y moral entre la raza blanca y la negra hecha por Jefferson

en “Query XIV” es considerada por aquellos como un presagio del virulento racismo que impregnó a los Estados Unidos durante el siglo XIX. Por otra parte, afirman que lo expuesto en “Query XVIII” se contradice con el fracaso de Jefferson para liberar a sus propios esclavos. El problema de estas interpretaciones reside puntualmente, según Rakove, en lo expuesto por Jefferson en “Query XIV”. El esquema de liberación planteado por el virginiano consistía en entrenar a los esclavos jóvenes para la libertad, por lo que había que enseñarles la labranza, las artes o las ciencias, y luego emanciparlos como adultos. Pero en vez de disfrutar su libertad en Virginia, ellos deberían ser enviados lejos para colonizar una tierra no especificada. Jefferson justificaba esto último por razones tanto políticas y psicológicas (el abuso de los negros por parte de los blancos había envenenado para siempre las relaciones entre ellos) como físicas y morales. Teniendo esto en cuenta, y en contraposición a la postura de los lectores modernos, Rakove va a hacer un controversial planteo: a contramano de sus sucesores (los promotores de una ciencia racial injuriosa), Jefferson invocó las diferencias entre blancos y negros no para defender la esclavitud, sino para promover la emancipación. En otras palabras, lo que él buscaba era acabar con la esclavitud, y no justificarla. Para Jefferson, el fin de la esclavitud era una herejía que su propia generación difícilmente aceptaría, pero que sería influyente en las generaciones futuras mediante la educación. En síntesis, en lo que refiere al nexo entre esclavitud y raza, Jefferson realmente destinó sus

pensamientos a una generación más joven que la suya.

“The Greatest Lawgiver of Modernity” es un capítulo dedicado a Madison. Generalmente, se considera que sus proposiciones claves son la idea de que una república extendida cura los males de la facción, y la necesidad de que las ambiciones se contrarresten para que funcione la separación de poderes. A modo de crítica, Rakove establece que dichas proposiciones no fueron el trabajo de un ingenioso teórico. Por el contrario, fueron más el producto de la experiencia. Leer a Madison solo como un filósofo político (o sea, de manera atemporal) deja de lado la influencia que tuvo en sus ideas su activa participación en las controversias de su época, según el punto de vista del autor. En ese sentido, una de las experiencias que marcó a Madison fue su servicio en el Congreso. Originalmente, el sistema federal norteamericano consistía en que el Congreso gobernaba proponiendo medidas a los estados, quienes a su vez determinaban la mejor forma de implementarlas (ajustando así las políticas nacionales a las circunstancias provinciales). No obstante, en su etapa como congresista, Madison detectaría una falacia política: en teoría, los estados estaban obligados a ejecutar las recomendaciones del Congreso, pero en la práctica frecuentemente no lo cumplían. En síntesis, el Congreso tenía poca influencia en las legislaturas estatales. Madison concluiría que cualquier sistema federal que confiara en el cumplimiento voluntario de los estados con las medidas nacionales estaba destinado a fallar. Él promovería, entonces, la idea de que un gobierno

nacional tenía que operar no por recomendaciones o solicitudes destinadas a los estados, sino por leyes que debían ser cumplidas por los individuos. Para que eso se cumpliera, era necesario que el mismo gobierno nacional fuera reconstituido en un régimen bien balanceado, pasando a tener una legislatura bicameral, un ejecutivo independiente y departamentos judiciales. Por último, otra idea clave de Madison era la necesidad de otorgarle al gobierno un poder de veto sobre las leyes provinciales. Según él, las pequeñas repúblicas eran más propensas a promulgar leyes injustas que las grandes repúblicas, y esto se debía a que los revolucionarios de 1776 se habían equivocado al pensar que la mejor seguridad de una república yacía en la virtud cívica de sus ciudadanos. Por el contrario, la mayoría de los ciudadanos actuaba sobre opiniones y pasiones dictadas por sus intereses privados y sus juicios falibles. La solución que proponía Madison era alargar la esfera, es decir, establecer una república más grande que abarcaría una mayor variedad de intereses (y, por lo tanto, dificultaría la construcción de determinados consensos predominantes en las repúblicas más pequeñas).

“The State Builder” es el último capítulo del libro y se enfoca en Hamilton, quien tenía la gran ambición de otorgarle al gobierno norteamericano el aparato de una nación-estado, aplicando las lecciones británicas a las condiciones norteamericanas. Esto se expresó en su voluntad de restaurar ciertas prerrogativas reales al novedoso oficio de presidente (por ejemplo, la facultad de remover ministros sin el consentimiento del Senado). Según Hamilton, la seguridad

nacional dependía de un enérgico liderazgo y, para ser efectivo, dicho liderazgo debía ser unitario. Mientras que la multitud de voces y el tiempo de deliberación eran esenciales para la legislatura, en el ejecutivo, en donde había que actuar con decisión, movimiento y secreto, los consejos divididos eran peligrosos (y, por lo tanto, la unidad era vital). Por otro lado, Hamilton pensaba que el gobierno nacional consistía primera y principalmente en la seguridad nacional. Esta última, a su vez, requería mantener el crédito público. Finalmente, el comercio se volvía un elemento clave: la posibilidad de establecer impuestos en dicha actividad proporcionaría los ingresos necesarios para sostener el crédito. Rakove va a establecer que el gran logro de Hamilton consistió en nacionalizar la política norteamericana, haciendo su programa y su influencia objetos de controversia pública. Un documento clave elaborado por Hamilton fue el Informe sobre el Crédito Público. Allí, propuso combinar las deudas públicas de la nación con la de los estados en una sola masa consolidada. Esta apropiación federal de las deudas estatales era vista por Hamilton como una oportunidad de enseñarles a los ciudadanos influyentes que ellos podían obtener mayores beneficios de un estado-nación que de una nación de estados semi-soberanos.

Dada su lectura sencilla y carente de dificultades conceptuales, se considera que el libro de Rakove está destinado a un público muy amplio. Generalmente, predomina en él la narrativa por sobre la explicación. Esto provoca que, en algunos casos, el libro se centre más en lo

anecdótico que en el análisis histórico. Por otro lado, indaga exhaustivamente los diversos sucesos que conformaron la era fundacional de la república estadounidense, cumpliendo así uno de sus objetivos iniciales. A su vez, debido a la decisión del autor de demostrar que la revolución creó a sus líderes tanto como ellos crearon la revolución, su obra se centra mucho en la historia personal de figuras como Washington y Jefferson, reduciendo bastante la mirada sobre el proceso histórico general. Esto no le quita mérito a su obra. Sin embargo, habría sido ideal destinar algunos apartados del libro a explicar más detalladamente el contexto histórico en el que se insertaba cada figura analizada. Por otra parte, hay una idea implícita en el libro basada en que los líderes revolucionarios eran hombres ordinarios que, por la fuerza de los hechos, se convirtieron en patriotas extraordinarios. Dicha idea es discutible y habría que ver qué entiende el autor por hombre ordinario, ya que la mayoría de los líderes analizados por él eran grandes plantadores o pertenecían a la elite política de su estado. Es decir, formaban parte de una minoría y tenían influencia por encima del resto de los ciudadanos de sus respectivos estados. De esta manera, no se podría considerarlos como hombres comunes y corrientes. Por otro lado, la obra de Rakove tiene como punto favorable el aporte de un análisis detallado sobre los líderes revolucionarios norteamericanos. Se recomienda su lectura dado que, en determinados temas, actualiza una vieja y tradicional historiografía dominante de carácter liberal, y porque resulta útil para adentrarse en la temática del período

fundacional de la república en los Estados Unidos de América.